

CRONICA DE COSTA-RICA.



AÑO I.

San José, Abril 8 de 1857.

NUM. 3.

CONTENIDO.

LA CRÓNICA.
RELIGION Y MORAL.—LA PASION.—LA CRUZ.

LA CRÓNICA.

San José, Abril 8 de 1857.

Ha diez y nueve siglos que la humanidad prevaricadora caía en el abismo de la eterna condenacion.

El Hombre-Dios la sostuvo en sus divinos brazos.

Entonces oyó el universo acentos dulcísimos nunca oídos; vió milagros jamás imaginados; y asistió atónito al sacrificio mas grande que han presenciado los siglos.

Dios descendió del Empíreo á vivir entre todos los pecadores, y despues de sufrir, como humildísimo mortal, todas las persecuciones, todos los dietorios, todos los martirios, levantó sobre todas las cosas creadas la cruz redentora en la cima del Calvario.

Allí espiró el Hombre-Dios apurando el caliz de la amargura, derramando gota á gota la sangre de su divino cuerpo para borrar los delitos del mundo, aplacar la cólera del cielo y redimir á las criaturas.

Amaos los unos á los otros, dijo, y los hombres se amaron. Todos sois libres é iguales ante nuestro eterno Padre; y los hombres se llamaron hermanos. Amad á Dios sobre todas las cosas; y los hombres creyeron, amaron y esperaron en El.

Desde el pié del Calvario partieron los Apóstoles ácia el Sur y el Septentrion, ácia Oriente y Occidente.

Luchando y reluchando esos santos discípulos del Divino maestro, derramaron la cristiana simiente en todo el Orbe, y la Iglesia de Jesucristo se elevó sobre todas las Iglesias, la Cruz sobre todos los símbolos de las antiguas religiones, y el Evangelio inoculó en los corazones la fé, la esperanza y la caridad, como efluvios inmortales de las virtudes del cielo.

Los ídolos cayeron y la imágen del Dios único se levantó

sobre las ruinas del paganismo.—El mundo resucitó.

La verdadera luz iluminó la creacion y se rasgaron las tinieblas que la envolvian.

Mas apesar de tantos sapientísimos preceptos y sublimes ejemplos, de diez y nueve siglos de trabajo incesante, en que en el cristianismo escita á los hombres á la paz, á la fraternidad, á la justicia y caridad, las sociedades padecen hoy grandes y congojosas tribulaciones. Es porque el materialismo ha agoviado el espíritu; es porque el egoísmo ha apagado la caridad en las almas; es porque la soberbia y la maldad han estinguído la fé, y una falsa filosofia les ha arrancado la esperanza hasta mas allá de las tumbas.

Hemos visto y vemos á las sociedades desgarrarse las entrañas; caer pulverizados los imperios; naufragar en el mar de las revoluciones las coronas, las tiaras y los tronos, pero el lábaro del cristianismo se sostiene inmóvil, se levanta y se estiende por los ámbitos de la tierra.

Pero la cruz no brilla hoy entre los pueblos cristianos ni se adora en todo su magnífico esplendor.

¿Qué falta, pues, para que el globo torne á su pacífica rotacion y consoladoras creencias?

Apóstoles y cristianos que prediquen por dó quiera; que enseñen, que instruyan á los pueblos en la verdadera ley del evangelio.—Sí, necesitamos apóstoles que nos guíen, que hagan cristianos, que vuelvan á tocar nuestros metalizados corazones, que enciendan el sentimiento religioso en las almas heladas por el aire glacial del indiferentismo.—Los pueblos y los tiranos se revelan contra la ley de la asociacion y contra la ley de Dios; la anarquía y el despotismo, la guillotina y el puñal se disputan el imperio del orbe, y el órden y el espíritu santo de la religion toda amor, tolerancia y fraternidad son olvidados. Y es entónces que aparecen como fuego del cielo los Atilas y los Robespierres, los Rosas y los Walkers.

Decidnos que existe ó puede existir un pueblo que vive, goza y florece, pero á quien no aumbran nunca los rayos del sol, ni respira las auras, ni bebe las aguas de la creacion, y os creeremos.—Pero si nos decís que ha existido ó puede existir una nacion, un pueblo, una familia, sin creencias, sin religion, sin una idea, un temor y una esperanza en un Ser todo poderoso y en una vida inmortal, que refrene y regule su vida perecedera, os contestaremos:—Blasfemia, reprobacion.

No, no hay sociedad posible sin la base firmísima de la familia,—no hay familia persistente sin una religion que la ligue con un amor infinito al traves de las tristes peregrinaciones de este valle de lágrimas.

Y es de verdadera religion de lo que nuestras sociedades carecen: es que el indiferentismo las disuelve, que el egoísmo las ciega, y la soberbia ambicion ó la famélica codicia las mata.

Sacerdotes del altísimo, hombres de buena voluntad, venid á salvar á los pueblos. Volvedles la fé cristiana. Esa es vuestra mision, cuajada de espinas y dolores, y para la cual necesitais una inmensa virtud y una inmensa sabiduría.

Mas no es ni puede ser obra vuestra solamente la rejeneracion del linaje humano: la redencion del hombre por el hombre no es ya dable: la concupiscencia, y el error, y el escándalo la han hecho imposible de tal modo;—solo vereis que se rejenera, que se redime, que se salva por medio de la MUJER.

¿Podriais dularlo?—Leed.

“Para conocer á la mujer por excelencia; para tener noticia cierta del encargo que ha recibido de Dios; para considerala en toda su belleza inmaculada y altísima; para formarse alguna idea de su influencia santificadora, es necesario llegar á la plenitud de los tiempos, al cumplimiento de la primitiva promesa. Para sorprender á Dios formando el tipo perfecto de la mujer es necesario subir hasta el trono resplandeciente de MARIA.—MARIA es una criatura aparte, mas bella por sí sola que toda la creacion. MARIA es amada de Dios, adorada de los hombres, servida de los ángeles. El hombre es una criatura nobilísima por que es señor de la tierra, ciudadano del cielo, hijo de Dios; pero la

mujer se le adelanta y le deslustra y le vence, porque MARIA tiene nombres mas dulces y atributos mas altos. El Padre la llama hija y la envia embajadores; el Espíritu-Santo la llama esposa y la hace sombra con sus alas; el Hijo la llama madre y hace su morada de su sacratísimo vientre. Nació sin mancha, salvó al mundo, murió sin dolor, vivió sin pecado.”

“Ved ahí á la mujer, señores, ved ahí á la mujer, porque Dios en MARIA la ha santificado á todas: á las vírgenes porque ella fué Virgen; á las esposas porque ella fué esposa; á las viudas porque ella fué viuda; á las hijas porque ella fué hija; á las madres porque ella fué madre. Grandes y portentosas maravillas ha obrado el cristianismo en el mundo: él ha hecho paces entre el cielo y la tierra; ha destruido la esclavitud; ha proclamado la libertad humana y la fraternidad de los hombres; pero con todo eso, la mas portentosa de todas sus maravillas, la que mas hondamente ha influido en la constitucion de la sociedad doméstica y de la civil, es la santificacion de la mujer, proclamada desde las alturas evangélicas. Y cuenta, señores, que desde que Jesucristo habitó entre nosotros, ni sobre los pecadoras es licito arrojar los baldones y el insulto, porque hasta sus pecados pueden ser borrados con sus lágrimas. El Salvador de los hombres puso á la Magdalena debajo de su amparo, y cuando hubo llegado el dia tremendo en que se nubló el sol, y se estremecieron y dislocaron dolorosamente los huesos de la tierra, al pié de su cruz estaban juntas su inocentísima Madre y la arrepentida pecadora, para daros así á entender que sus amorosos brazos estaban abiertos igualmente á la inocencia y al arrepentimiento” (*).

Y he aquí porque la mision de la mujer es nobilísima y grande: hé aquí porque hoy al dedicar nuestras columnas al recuerdo de la redentora trajedia del Calvario, decimos:

Pueblos y gobiernos, sacerdotes de la ley humana y divina: educad, educad, instruid á la mujer para que cumpla su seráfica mision: dad la preferencia á la enseñanza de esa mitad preciosa del linaje humano, porque solo ella encierra en sí todos los jérmenes puros de la religion; ella es la que debe de hacer fructificar la buena semilla en todas las almas desde la cuna: á ella está encomendada por un precepto divino del cristianismo y de la naturaleza la civilizacion del orbe y la salvacion de la humanidad.

Educad, instruid, ante todo, á la mujer para que el cristianismo impere, el mundo se regocije y Dios bendiga vuestras obras.

* Donoso Cortés.

Religion y Moral.



LA PASION.

I.

EL HUERTO.

SERIAN las nueve de la noche del jueves 24 de marzo del año del mundo 4037. La ciudad de Jerusalem se hallaba en ese instante oscura, triste y silenciosa; signos todos inequívocos de que algun grande acontecimiento debía tener lugar en su recinto. En las alturas del monte Sion corria un viento húmedo y glacial, sin embargo de que en aquella latitud la primavera estaba en su principio.

Sobre ese mismo monte, y como á distancia de treinta varas del antiguo palacio de David, se veia una casa de bastante buena apariencia. Esta casa era el Cenáculo, en la cual el Hijo de Dios acababa de instituir el *Divino Sacramento de la EUCARISTIA*, para el consuelo y salud de los fieles; y lavado los pies de los Apóstoles, para enseñarnos con tan prodijiosa humildad la que debemos practicar con nuestros hermanos.

A la misma hora que acabamos de indicar, abrióse la puerta de esa casa y salieron por ella doce hombres con el mayor silencio y compostura. El que parecia de mas dignidad presidia á los demas, llevando á su derecha á uno de ellos que por su cabeza calva y aspecto venerable representaba unos cincuenta años de edad. El que iba á su izquierda era un jóven adolescente, de semblante dulce y melancólico, que daba á manifestar la cándida inocencia de su alma.

El primero de estos personajes era JESUS, el Hijo de Dios y Salvador de los hombres. El hombre de la derecha se llamaba Pedro, y el jóven de la izquierda Juan. Los nombres de los nueve restantes que le seguian eran Andres, Santiago, Tomas, Felipe, Bartolomé, Mateo, Simon, Santiago y Tadeo, sus discípulos.

Como la direccion que llevaba esta santa comitiva era la del valle de *Josafat*, para el cual se le presentaban varias salidas, érale necesario elegir, no solo la mas cómoda y cercana sino la menos peligrosa á las asechanzas de sus enemigos. A cuatrocientos pasos tenian la puerta llamada de los *Impropios* que salia á la Piscina

de Siloé; pero esta ruta presentaba el inconveniente de mas de mil quinientos pasos de un camino fragoso y lleno de sinuosidades, sin contar con la profunda y desgarrada barranca del *Cedron* que habia que bajar sobre aquel valle para llegar á *Getsemani*. Fuéles, pues, necesario elegir el que conducia desde la puerta de *Sion* hácia la muralla meridional del Templo, á fin de que doblando á la derecha y andado unos ciento sesenta pasos, pudiesen tomar luego la izquierda para salir por la puerta *Dorada*. De aquí al lugar de la *Oraçion*, solo mediaban quinientos pasos. Efectivamente así lo verificaron, y pasando en seguida el puente de un arco del *Cedron*, á las nueve y cuarenta y cinco minutos estaban ya en el *Getsemani*.—Habian andado en todo, unos mil ochocientos pasos.

Este paraje estaba enteramente solitario y sombrío por las copas de algunos olivos seculares. Ningun rumor se alzaba del cauce de aquel torrente profundo, que apenas alzaba en sus ondas un poco de agua amarillenta.

En medio, pues, de aquel espantoso silencio, de una noche que recordará para siempre á los cristianos la víspera de la *REDENCION* del linaje humano, JESUS empezó á sentir las angustias y amarguras que inundaban su corazón, y así dijo á sus discípulos:—*Sentaos aquí mientras yo voy allí y hago oracion.*—Y tomando consigo á sus predilectos Pedro, Juan y Santiago, se separó de los demas como un tiro de piedra; esto es, hasta el jardín de los olivos, y dijo:—*Mi alma está triste hasta la muerte, esperad aquí y velad.*

—Entonces se adelanta un poco, se postra de rodillas, hace oracion y dice:—*Padre mio, si es posible, pase de mi este cáliz. Mas no como yo quiero, sino como tú.*—Y volviéndose á sus discípulos los halló dormidos, y dijo á Pedro:—*Simon, duermes? ¿No has podido velar una hora? Velad y orad para que no entreis en tentacion. El espíritu en verdad está pronto, mas la carne está enferma.*

Y fué otra vez á orar al mismo lugar diciendo:—*Padre mio, si no puede pasar este cáliz sin que yo le beba, hágase tu voluntad.* Esta plegaria repetida por tres veces, fué con una agitacion tan cruel que le produjo un sudor de sangre. En el momento de tan terrible

angustia descendiendo una vision celeste que ilumina con su resplandor aquel paraje. Era un ángel del cielo que venia á sostenerle y darle fuerzas.

Una hora exacta invirtió el Señor en el Huerto, lo cual se prueba con aquellas palabras que dijo á Pedro:—*Simon, no has podido velar una hora.* Jesucristo al tomar sobre sí los efectos de la flaqueza humana, nos ha dado un aviso elocuente que su debilidad es nuestra fuerza, su turbacion nuestra seguridad, y su tristeza nuestro consuelo y alegría.

Entretanto, el gran Consejo de los judios andaba buscando los medios mas ingeniosos para prender al *Hijo de Dios* y hacerle morir. Mas no querian hacerlo en la fiesta de la Pascua que estaba próxima, por temor que se moviese un alboroto en el pueblo.

La rabiosa sed de sangre que dominaba á estos hombres y la envidia satánica que los devoraba, los tenia en tal estado de ansiedad é irresolucion, que no encontraban un motivo, si no legal, al menos decente, para lograr sus malvados intentos. En circunstancias tales, y en lo mas acalorado del nocturno conciliábulo, se les presenta un hombre y dice que quiere hablar á los príncipes. Se le hace entrar y dirijiéndose atónito á aquella reunion:—*¿Qué me queréis dar, les dice, y yo os le entregaré?*.....

La traicion quedó consumada en treinta monedas de plaque le ofrecieron.

Tal fué *JUDAS*. Era natural de *Cariote*, lugar de la *Judea*, á que añadido el *is*, que significa *nombre*, formaron el sobrenombre *Iscariote* que le pusieron. Sus costumbres parece no eran muy buenas, pues siendo el depositario del dinero para el gasto comun del Señor y sus discípulos, cometia sus estafas, apropiándose parte de él, y por esto en el evangelio se le llama ladrón.

Convenido, pues, este malvado en la venta de su Maestro y Señor, sirvió de guia á una tropa de jente que fué enviada para aprehender á JESUS. Mas como á este nada le estaba oculto por su virtud divina, llegó á sus discípulos:—*Levantaos, les dice, vamos: ved que ha llegado el que me entregará.*—Aun no habia acabado de pronunciar la última palabra, cuando llega el discípulo infiel; y acercándose á JESUS le dice: *Dios te guarde Maestro,*—y le besó.

A esta señal convenida de antemano con los esbirros, se adelantan estos, y el Hijo de Dios entonces, con esa voz inevitable que hiela hasta los tuétanos de los iníquos y regocija las almas puras acongojadas, les preguntó.—*¿A quien buscáis?*—*A Jesus Nazareno.*—*Yo soy,* les dice.—Y estas pocas palabras fueron para aquella gente como los efectos de un rayo, pues retrocediendo espantados cayeron en tierra sin sentidos.—Quiso manifestar en esto que no moria por flaqueza sino por efecto de su voluntad. Mas como la hora del tremendo sacrificio era ya llegada, volvieron luego en sí por la virtud misma de JESUS, con lo que, recobrando su primer atrevimiento, se echan sobre él.

Pedro, que por un error de concepto se habia provisto de una espada, la saca de la vaina, hiere á *Maleo*, uno de los criados del Pontífice, y le corta una oreja. Mas Jesus, lejos de ofender á sus enemigos, y ostentando la bondad de su corazón, reprende al discípulo, y tocando la oreja sana en el acto al herido.

La mano, pues, que dió luz al sol y á los astros, y hacer girar los cielos, se humilla, se anonada y se deja atar cual manso cordero; y tomando todos la direccion de la ciudad entran por la puerta de los *Rebaños* que era la mas próxima. Serian entonces las once de la noche.

II.

LA FLAJELACION.

Bien extraño se hace que hubiesen llevado á Jesus á casa de Anás, pues este no era ya Soberano Pontífice, sino su yerno Caifás; acaso por cierto miramiento de éste hácia su suegro se ordenó al Comandante de aquella gavilla que se lo presentasen primero. Lo cierto es que Anás, teniendo á Jesus en su presencia, le hizo algunas preguntas sobre sus discípulos y su doctrina; mas sus sábias cuanto libres contestaciones le valieron una cruel bofetada de la mano sacrilega de uno de los ministriles presentes.

Luego es sacado de allí y le llevan al palacio de Caifás que no distaba mas que ciento cincuenta pasos. En este lugar se habian reunido los Escribas y ancianos sin otro objeto que deponer contra Jesus, valiéndose de falsos testimonios para condenarle. Se le hacen, pues, varias acusaciones y preguntas insidiosas, mas todas ellas se estrellan con la palabra del *Hombre Dios* que les responde

con voz divina:—"Pronto vereis al hijo del hombre sentado á la diestra de la virtud de Dios, y venir sobre las nubes del cielo." Al oír esta respuesta, que solo podia emanar del que tenia en sí la virtud del Todo Poderoso, el Sumo Sacerdote entra en una cólera hidrofóbica, y rasga sus vestiduras; entonces ese Consejo de fanáticos y crueles enemigos le condena por blasfemo que merecia la muerte; se siguen á esto los insultos de todo género, le escupen el rostro, le dan de bofetadas y le atormentan los impíos.

Por otra parte Pedro, que habia seguido á su Maestro hasta el átrio del palacio, es interrogado por varias personas como discípulo de JESUS el Galileo: él temblando de miedo niega por dos veces que le conoce y en tercera repite la misma negativa con juramentos é imprecaciones. Pero JESUS, que se hallaba muy cerca, le dirigió una mirada, mirada divina y penetrante que hizo luego recordar al infiel discípulo el pronóstico que la víspera le hiciera de su caída. Entonces se aparta de aquel lugar con el corazón partido de dolor y llora amargamente su pecado....!

La penitencia sincera de este apóstol no tuvo palabras; son ellas supérfluas cuando habian las obras. ¡Dichosas lágrimas que no piden el perdón, si no que lo obtienen!

Entretanto Judas, que con sacrilega avaricia habia traicionado la amistad y la inocencia misma, por la vil y miserable suma de treinta monedas de baja ley, fué poseído de la mas terrible desesperación, y saliendo por la puerta de David, encaminase despavorido á un lugar llamado *Pantañeto*: encuentra allí una higuera á propósito para su diabólico designio, y prepara en ella un lazo en donde introduciendo el cuello quedó ahogado.

JESUS pasó toda aquella noche sufriendo las afrentas mas inauditas y las burlas mas sacrilegas, y apenas se dejó ver el erupúsculo matutino por la enumbada cúspide del monte de los Olivos, le sacan de allí y le conducen ante el gobernador *Pilatós*.

Mas antes de seguir adelante espongamos quien era este hombre.

El emperador Tiberio, habiendo separado á Valerio Graeco del gobierno de la Judea, puso en su lugar á Poncio Pilatos, que fué el quinto gobernador romano en aquella provin-

cia. Este hombre dejó muy atrás á sus predecesores en estorsiones y maldades. Su carácter cruel y tenaz fué causa de grandes desórdenes en toda la Judea y principalmente en Jerusalen. Por esto se hizo odioso al pueblo, que le acusó á Tiberio por sus crueldades, de lacodicia con que vendia la justicia, y de destructor del tesoro público. El emperador le mandó comparecer á Roma á dar cuenta de su conducta, y no pudiendo justificarse de aquellas acusaciones, fué desterrado á Francia donde cercado de grandes calamidades, y no pudiendo jamas apartar de su memoria el gran crimen de que se hizo reo, se suicidó desesperado.

El palacio de Pilatos distaba del de Ciasfas unos mil cien pasos. Este largo tránsito que equivalia á dos tercios de toda la longitud de Sud á Norte de la ciudad, fué atravesado con el frío de la mañana. JESUS llevaba solo su túnica, pues la capa ó manto se la habian quitado los esbirros en el *Huerto del olivar*. Luego que aquella turba llegó al Pretorio, conduciendo la augusta víctima, Pilatos sale fuera, se sienta en su tribunal y pregunta á los judíos.—*¿Qué acusacion tenéis contra este hombre?—Este hombre, contestaron, pervierte al pueblo, prohíbe pagar tributo al César, y por otra parte se dice Rey.*..

Pilatos le examina é interroga separadamente, y la respuesta de JESUS fué tan sencilla como digna. "*Mi reino no es de este mundo.*..

Pilatos conoce la malicia de aquella gente, reusa la acusacion, y no hallando en JESUS ninguna causa, le declara inocente. Siguese entonces una gritería de esa plebeva multitud, en que se repite sin cesar que este hombre era un sedicioso.

El gobernador, vacilando sobre el partido que debia tomar, oye casualmente decir que JESUS era galileo, y, aceptando esta noticia como un pretesto para hacer ilusorio su último fallo, ordena que JESUS sea conducido ante Herodes que era el rey ó tetrarca de la Galilea y se encontraba á la sazón en Jerusalen para asistir á la fiesta de la Pascua.

Herodes que tenia por sobrenombre Antipas, fué el mismo que hizo degollar á San Juan Bautista, esto es, al hombre mas grande entre los nacidos de mugeres.

Su palacio se hallaba á tres-

cientos pasos del de Pilatos. Recibió pues á JESUS con las mayores muestras de alegría y complacencia, pues habia oido hablar tanto de su persona y sus milagros, que eran públicos y notorios en toda la Judea y Galilea, que deseaba verle, confiado en que obraria en su presencia alguno de esos prodigios. Pero el Hijo de Dios que adivinaba su pensamiento, permaneció mudo. Entonces el impio rey burlándose de él le hace poner una vestidura blanca y le vuelve á remitir á Pilatos.

Esta vestidura, sin embargo, hacia manifiesto que estaba libre de toda culpa, porque los hebreos al que era digno de muerte le ponian una vestidura manchada.

El presidente romano, al ver nuevamente á JESUS, de cuya inocencia estaba tan persuadido, cree encontrar un expediente para poder darle libertad: esta era la próxima pascua, en que los judíos acostumbraban darla á un preso; costumbre sin duda que habian tomado de los romanos. Pero las instigaciones de los sacerdotes por una parte, y el tumulto popular por la otra, eran demasiado irritantes y eficaces para lograr ver cumplidos sus deseos. Así, pues, fué desechada esta idea por un grito general de aquella plebe, y el inocente JESUS fué pospuesto á un ladrón sedicioso y asesino llamado Barrabás, á quien dieron libertad, pidiendo al mismo tiempo la muerte del justo.

Pilatos, no persuadido aun que la cólera de aquel pueblo deicida pudiese llevar su inhumanidad al extremo de preferir un asesino á un inocente, resolvió hacer una nueva prueba para ver si con ella aplacaba aquel furor. Manda que JESUS sea azotado, y comisiona al capitán *Lonjinos* con la tropa necesaria para ejecutar aquel castigo. La orden se cumplió con el mas acerbo rigor, y añadiendo al tormento de los azotes otro insulto todavia mas sangriento; le ciñen una corona de espinas; luego le ponen en la mano derecha una caña, y le cubren con un manto de púrpura lleno de jirones. En este estado, le saluda con sacrilega ironía: "*Dios te salve rey de los judíos.*"

Por la ley del Deuteronomio no podian los hebreos aplicar mas de cuarenta azotes, los romanos por el contrario no tenían número determinado; y esto explica muy bien la pres-

ciencia de tan crueles enemigos para azotar por sí mismos al Salvador; por eso fué que le entregaron al furor de aquellos soldados extranjeros.

El gobernador romano al ver á JESUS en estado tan deplorable y lastimero, creyó mover al pueblo en compasion: le hace subir la escala del pretorio y le conduce á una galería que daba vista á la plaza del palacio. Allí presentó á JESUS ensangrentado y cubierto de heridas, y con voz fuerte dice á la multitud: "*Ved aquí el hombre!*" Pero no conocia á los judíos, no recordaba que este mismo pueblo, seis dias antes, le habia aclamado con el *hosanna*, y al verle ahora desfigurado y cubierto de heridas, grita con todas sus fuerzas: "*¡Quitadle de en medio! ¡Crucifícadle!*"

Pilatos entra á su tribunal para deliberar. Entretanto *Claudia Prócula*, su mujer, habia tenido aquella noche una vision terrible y manda en el acto un mensaje á su marido para decirle: "*No haya nada entre tí y ese justo, porque yo he padecido mucho hoy por él en una vision.*"

Esta circunstancia inesperada, las respuestas que dió el Hijo de Dios en el interrogatorio, y mas que todo el movimiento de la conciencia, hicieron en el juez tal impresion, que salió fuera nuevamente decidido á hablar al pueblo en favor de JESUS y darle la libertad. Mas aquellos bárbaros, sedientos por derramar la sangre mas pura é inocente, conocen su pensamiento y sin darle tiempo á esplicarse: "*Na eres amigo del Cesar, le dicen, si das la libertad á un hombre que á mas de oponerse á que le paguen tributo, toma el título de rey.*"

Este argumento por sí solo produjo mas efecto que todos los demas juntos, y Pilatos que conocia toda su fuerza, se resolvió al fin á cometer la mas terrible de las injusticias á trueque de conservar un empleo que tanta cuenta hacia á su sordida avaricia. Toma en seguida agua y lavándose las manos dice al pueblo:—"Inocente soi de la sangre de este justo; allá os la veis vosotros."—Y el pueblo contestó.—"*Sobre nosotros y sobre nuestros hijos sea su sangre.*"

¡Terrible imprecacion cuyos funestos efectos han sido, son y serán siempre patentes á ese pueblo y sus descendientes!

JESUS fué, pues, sentenciado á ser crucificado.—Serian las once del dia.

III.

LA CRUCIFICION.

La plaza del palacio de Pilatos situada en el monte *Moria*, é inmediata al ángulo norte del templo, se encontraba á la sazón cubierta de un inmenso jentío que desde por la mañana se había ido allí acumulando, atraído por la curiosidad de presenciar el acontecimiento mas extraordinario que Jerusalem había visto dentro de sus muros. Desde la plaza partía hacia el occidente la calle de *Amargura ó Via dolorosa*, y por ella condujeron á Jesús cargado con el pesado madero de la cruz. Tenía esta quince pies de largo, y era su ancho de ocho palmas de uno á otro extremo de los brazos. Según varios espositores, fué construida de encina, lo cual es muy probable por ser este árbol muy abundante en la Judea.

La calle de la Amargura, que desde el palacio de Pilatos no bajaría su longitud de setecientas varas, se hallaba obstruida por un crecidísimo número de espectadores. Algunos de estos hacían alarde de su feroz alegría y con gritos desenfrenados anatematizaban al hijo de Dios. Otros, por el contrario, lamentaban la triste suerte del que en su concepto solo era un Profeta; pero estos eran pocos y las manifestaciones de su estéril compasión no podían ser perceptibles.

Caminaba, pues, JESUS rodeado de esa turba de enemigos que parecía querían devorarlo. Los cabellos tendidos sobre su frente venerable ofrecían la imagen perfecta de la inocencia delante de la iniquidad. Su frente y su rostro estaban inundados de muchas gotas de sudor por verse abrumado con la inmensidad de los pecados de todos los siglos.

Mientras que su humanidad sucumbía bajo aquel horrible cúmulo de padecimientos, el grave peso de la Cruz tenía ya vencidas sus delicadas fuerzas.

Había caminado como la tercera parte de aquella larga calle, cuando por una de las vías laterales abrióse paso una mujer de una hermosura incomparable: por su fisonomía dulce y de santa honestidad parecía enteramente poseída de un dolor inefable. Con gran trabajo logra penetrar por entre aquella curiosa muchedumbre, y al ver á JESUS en tan cruel estado y oerbos sufrimientos, desfallece de dolor y se la cree próxima á morir. Jesús la percibe á su lado y profiere el nombre de MADRE. Esa mujer era MARIA, la madre de Dios, la VIRGEN DE LOS DOLORES!

Como á ciento treinta pasos de tan amarga entrevista, las fuerzas del SALVADOR desfallecen enteramente. Sus encarnizados enemigos que temían perder con su muerte prematura el espectáculo del Calvario, buscar un hombre que le ayude á cargar el pesado leño, y *Simon Cirineo* fué el mortal feliz que tuvo la dicha de caminar en contacto con el HOMBRE DIOS.

El tránsito sigue lentamente, y como á doscientos cincuenta pasos de este último lugar, le salen al encuentro algunas mujeres que habían sido sus discípulas y se deshacían en lágrimas al verle en estado tan deplorable. Mas JESUS agradeciendo aquellas lágrimas les dice: "*Hijas de Jerusalem, no lloréis sobre mí, antes llorad sobre vosotras y sobre vuestras hijas porque vendrán días en que se dirá: bienaventuradas las estériles.*"

Allí cerca estaba la casa de una mujer llamada *Dereñice*, quien al ver al SALVADOR cubierto de tierra, bañando el rostro de sudor y desollado de tanto sufrir, sale intrépida con una toalla en sus manos la acomoda en tres dobleces, y aplicándola á la faz del SEÑOR para limpiarla, en todos tres quedó estampado su rostro divino.

El abatimiento de Jesús con tantos trabajos era ya sumo, y agregado al enorme peso del madero, superior á sus fuer-

zas, le obligan á caer de bruces por tres veces en el largo tránsito de aquella calle.

Sale por fin de las murallas de Jerusalem por la puerta *Judiciaria*; ya no le restan mas que ciento cincuenta pasos para llegar á la pequeña colina, que en diez y ocho siglos se hizo célebre y que será un perpetuo recuerdo para los cristianos y judíos; para los primeros por haber obtenido la vida del espíritu, con la preciosa sangre que allí se derramó; y para los segundos, por el abatimiento moral que pesa sobre su raza en toda la redondez de la tierra.

El pequeño monte *Gólgota*, ó *Talpego* como le llamaban los romanos, ó bien el *Calvario* como le decían los judíos, por haberse encontrado allí la calavera de Adán, según una antigua tradición, está situado al poniente de la ciudad, frente al antiguo templo, y como á cuatrocientos pies de la muralla exterior. En él se ejecutaban los delinquentes, y en él se iba á quitar la vida también al Santo de los santos.

Llega por fin Jesús al calvario, esto es, al doloroso término de aquella peregrinación; mas en qué estado! despojado de las vestiduras que debían cubrir siquiera sus maltratadas carnes y las ensangrentadas heridas de su casto y purísimo cuerpo. En semejante situación y preparado el instrumento del suplicio, tiéndesele sobre él.—Es la recompensa que le dá aquel pueblo ingrato por haber sanado á sus enfermos, dado vista á sus ciegos y resucitado á sus muertos!

Un silencio profundo reinaba en la multitud que circundaba la colina, cuando resuenan los golpes del martillo que penetrando en el madero traspan las carnes del Salvador. *Magdalena*, la mas leal discípula de JESUS, se estremeció de horror y se estrecha con la *Virgen*; *Juan*, el discípulo querido, cae desmayado de dolor.

La cruz, y en ella enclavado el SEÑOR, es levantada con lentitud por medio de unas cuerdas con poleas, y el Hijo del Hombre dirigiendo el rostro al occidente que esperaba la luz, fué enarbolado como un estandarte de consuelo para las naciones infieles.

A pocos pasos de la cruz se veían algunos soldados que sorteaban un vestido.—Era la túnica inconsútil del SEÑOR que habían tejido las fiérisimas manos de su madre.

JESUS entre tanto, compadeciendo á sus enemigos, desde lo alto de la cruz dice: "*Padre mio, perdónalos, porque no saben lo que hacen.*"

Habían llevado á crucificar con JESUS dos ladrones, hombres viles y asesinos: el uno se llamaba *Dimas* y el otro *Jestas*. Este empezó á despreciar al SEÑOR diciéndole: "*Si tu eres el Cristo, sálvate á ti mismo y á nosotros.*" Pero *Dimas*, cuya alma se iluminó de súbito, cambiando su corazón por una conversión que sirve de consuelo á pecadores, contesta esa insolencia de su compañero diciéndole: "*No hay temes á Dios estando en el mismo suplicio. Nosotros en verdad recibimos lo que merecen nuestras obras, mas esto ninguno á ti ha hecho.*" Y volviéndose á Jesús le dice: "*Señor, acuerdate de mí cuando vienes á tu reino.*" Y Jesús le dice: "*En verdad te digo que hoy serás conmigo en el paraíso.*" Feliz ladrón, porque feliz puede llamarse aquel de quien se acuerda Jesucristo en su gracia.

Mientras tanto desde la hora de sesta, esto es, desde que llegó al Calvario, el día empezó á oscurecerse instantánea y gradualmente, y su luz moribunda presentaba un paisaje fúnebre que anunciaba el nefando crimen que iba á cometerse. Por momentos se condensaban las tinieblas y un imperceptible movimiento de oscilación se dejaba sentir desde la base del Gólgota.

Y MARIA estaba allí fría como un már-

mol, dando tregua á los punzantes dolores que atormentaban sus entrañas. Jesús la mira, y señalándole con la vista á su discípulo amado, le dice: "*Mujer, he ahí á tu hijo.*" y volviéndose al joven pescador de Betsaida: "*He ahí á tu madre.*" Este legado mátno hecho por parte de Jesús fué tan sencillo y tan digno, como todos los actos de su vida mortal.

Serian muy cerca de las tres de la tarde. Jesús había ya llegado á lo sumo de los dolores y á lo último de las tristezas y acerbidades; entonces esclama con muy alta voz: "*¿Eli, eli, lamna sobaethani?*" Esto es:—*Dios mio! Dios mio! ¿por qué me has desamparado?*" Los que estaban presentes é inmediatos á JESUS eran los soldados romanos, y como no entendían el hebreo y el siríaco en que estas palabras fueron pronunciadas, creyeron que llamaba á Elias, y por eso aquellas gentes daban: "*Veremos si viene Elias á libertarle.*"

Cuando el HIJO DE DIOS juzgó que todo estaba ya cumplido, pronunció aquellas palabras del Rey Profeta: "*Sed tengo.*" Los Satélites del gobernador muy solícitos en preparar todos los instrumentos que sirvieran al tormento de Jesús, toman una esponja, la empapan en vinagre, y sujetándola á un hisopo la aplican á la boca del SEÑOR. Así triunfaba la infamia hasta su fin!

Cuando JESUS tomó aquel brevahe dijo: "*Todo se ha consumado.*" Era esto manifestar que la obra de la redención de la especie humana prometida desde Adán, quedaba ya consumada

Dió en seguida lugar en alta voz á estas palabras:—"*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*" y espiró!!

—

—

Erán las tres de la tarde. Las tinieblas habían cubierto á todo el universo: en aquel momento rómpe se el velo del templo en dos pedazos de arriba abajo, y el sacerdote que se encontraba en él quemando incienso en el sacrificio vespertino, corre aterrado hasta el vestibulo al ver este prodigio y que el Santo de los Santos había quedado descubierto.

Un terremoto espantoso conmovió todo el globo, y vió chocar las piedras unas con otras y hacerse pedazos; se abrieron todos los sepulcros y monumentos y resucitaron muchos santos: un hombre llamado *Hamo* que en aquel momento navegaba de Egipto á Italia, llegando al puerto *Perodon*, oyó una voz que le llamó por su nombre y le dijo en griego: "*Magnum pana; esto es, que el autor de la naturaleza había muerto.*"

La lanza de *Longinos* penetra por el costado derecho de Jesús y fluye sangre y agua de la herida.

El capitán de la guardia romana, llamado *Cayo Hippio*, que había custodiado á Jesús hasta el Calvario, confiesa su divinidad y se convierte del mismo modo que lo había hecho su padre *Majico* cuando el HIJO DE DIOS le sanó á su criado paralítico.

Profundamente conmovido el pueblo con los extraños prodigios en que la naturaleza trastornada tomaba tanta parte en el mayor acontecimiento que ocurrió jamás en la tierra, huía en grupos despavoridos dándose golpes en el pecho y sin saber á donde encaminarse.

El sol apagó sus rayos y el globo rodaba envuelto en un vapor sanguíneo y pavoroso.

En trance tan tremendo todos los ídolos del paganismo se conmueven sobre sus pedestales, porque el Sol del evangelio se acerca á iluminar al mundo del uno al otro polo.!

Así pasó la tercera parte de los padecimientos de JESUS que dieron vida al universo, el día 25 de Marzo del año 33 de su DIVINA ENCARNACION.

LA CRUZ.

¡Canto la Cruz! ¡Que se despierte el mundo.
¡Pueblos y reyes, escuchadme atentos!
¡Que el universo calle á mis acentos
con silencio profundo!
¡Y tú, supremo autor de la armonía,
que das sonido al mar, al viento, al ave,
presta viril vigor á la voz mía,
y en torrentes de austera poesía
el poder de tu cruz deja que alabe.

Tiembla la tierra, se conmueve el cielo
de este nombre al lanzar eco infinito,
que aterroriza al inmortal precito
en su mansión de duelo.
¡Canto la Cruz! El ánjel de rodillas
postra á tal voz la immaculada frente:
tú, escelso querubín, tu ciencia humillas,
y del amor las altas maravillas
absorto adora el serafín ardiente.

¡Alzad, alzad vuestro pendon de gloria
oh de la fé sublimes campeones!
¡Alzadlo, y á su sombra las naciones
que exhalden de impiedad negros vestigios!
Sangre de un Dios por púrpura presenta,
y por sagrado pedestal se asienta
en la cerviz de diez y nueve siglos!
¡Alzadlo vencedor! Esa es la enseña
ánite la cual temblaron las montañas,
la tumba abrió sus lúbricas entrañas,
se quebrantó la Peña.

Viéndola el sol del Gólgota en la cumbre
lecho de muerte al hijo del Eterno,
veló asombrado la radiante lumbré,
y al ver cesar la antigua servidumbre
de la culpa de Adán, ruyó el infierno.

¡Alzad, alzad vuestro estandarte regio,
á cuyo aspecto hundiéronse al abismo
los dioses del antiguo paganismo
desde su olimpo egregio!

Alzadlo, cual la alzó resplandeciente
como emblema del triunfo Constantino
sobre el cesáreo leuro de su frente,
las águilas de Roma armipotente
párias rindiendo al lábaro divino.

Alzadlo cual se alzó piadoso y bello,
á embobecer bujo su blando yugo
el que al destino descargar le plugo
de América en el cuello.

Dió un paso el tiempo, y á su influjo vario,
que tan pronto derroca como encumbra,
no es ya de un mundo el otro tributario,
mas inmutable al signo del calvario
el sol del Inca y del Azteca alumbrá.

Alzadlo, que su apoyo necesita
la vacilante humanidad! ¿Do quiera
no la veis á la vez medrosa y biera,
cuán incierta se agita?

Su audaz anhelo á su flaqueza espanta;
y arrastrada por vértigo profundo
en convulsiones su vigor quebranta,
hoy abatiendo lo que ayer levanta,
é inútilmente estremeciendo el mundo.

¡Alzad la cruz que el porvenir encierra
de esa infinita multitud! sus brazos,
que solo brindan fraternales lazos,
afirmarán la tierra!

¡Alzad la cruz que de la especie humana
vincula los destinos en su nombre!
¡Alzad la cruz de donde el bien emana,
y do se ostenta en acta soberana
la verdadera libertad del hombre!

Aunque entre sangre se presenta adusta,
la paz sustentada y el amor anida;
instrumento de muerte enjendra vida,
y es luz su sombra augusta!

Dique pone al poder y le afianza;
el débil se hace fuerte de ella armado;
por ella sola la igualdad se alcanza,
que de sus brazos la eternal balanza
pesa á la par el cetro y el cayado.

Allí también la soberana diestra
pesó el valor del mundo. ¡Oh maravilla
que si del hombre la razón humilla
su dignidad demuestra!

Si, pesó al mundo la eternal justicia;
pesó por romper el que lo abate
yugo cruel de la infernal malicia,
y en él tan grande amor cargó propicia
que una vida inmortal fué su rescate!

— Gertrudis G. de Ave Landá.

— Imprenta Nacional—Calle del Palacio—A